

# ¿Quién soy yo?

Un viaje  
a mi pasado

Liza Martins

Liza  
AROUND THE WORLD



# *¡Hola! Soy Liga*

Soy portuguesa, tengo cincuenta años y llevo más de nueve viajando por el mundo. Soy la persona más libre y feliz que conozco.

He escrito varios libros para compartir mis recuerdos y conocimientos de estos maravillosos años alrededor del mundo, y me pareció importante, con cada uno de ellos, ofrecer este resumen de mí misma. ¿Quién era yo antes de iniciar esta vuelta al mundo? ¿De dónde vengo? ¿Adónde quiero ir?

*→ Esta soy yo*

## ¿Quién era yo antes de empezar a viajar?

Nací el doce de mayo de 1973, en Caracas, Venezuela.

Mis padres son portugueses, pero emigraron a Venezuela, casi veinte años.

Soy la última de cuatro hermanos. Tengo un hermano diecinueve años mayor que yo. Otro hermano trece años mayor y mi hermana con la que me llevo un año y medio. Mi padre tenía cuarenta y siete años cuando nací y mi madre cuarenta.

Cuando tenía dos años, a mi madre le diagnosticaron cáncer de mama. Hace casi cincuenta años, el cáncer de mama era una condena, sobre todo si se diagnosticaba ya en una fase muy avanzada como era el caso de mi madre. Recuerdo que mi padre comentaba que los pezones se le clavaban desde hacía tiempo. El médico aconsejó a mi madre que volviera a Portugal, porque debido al clima podría vivir más tiempo. Así que en poco tiempo volvimos a Portugal.

No tengo recuerdos de Venezuela. Tengo algunas imágenes en la cabeza de cosas que me contaba mi padre. Pero no tengo recuerdos míos. Mi padre tenía un café en Caracas y dice que mi hermana y yo le pedíamos queso y él nos daba una gran loncha de queso que nos comíamos como si fuéramos dos ratoncitos. Me lo imagino, pero no lo recuerdo.

En Portugal nos fuimos a vivir al Algarve, al sur del país, de donde es toda mi familia. Mis padres son ambos del interior de la región, lejos de la playa, de Salir que pertenece al distrito de Loulé. Pero mi padre eligió Olhão para montar un negocio de ropa, ya que en aquella época era la ciudad más concurrida debido al importante puerto pesquero, con varias fábricas de conservas, y donde venía gente de toda la región a comprar pescado.

Fuimos a vivir a un edificio para expatriados. Era un complejo de tipo hotelero, con jardines y piscinas en el centro y edificios residenciales alrededor. Los jardines no estaban muy bien cuidados, pero aun así era bonito. Las casas eran pequeñas y si no recuerdo mal nuestro piso era de una habitación y éramos cinco personas, mamá, papá, uno de mis hermanos, mi hermana y yo. No teníamos necesidad de vivir tan apretados, ya que mi padre tenía propiedades en Portugal, pero tal vez por su proximidad a la tienda mi papa decidió que viviéramos así.

Los primeros recuerdos que tengo son el despertarme con mi madre y la caída desde del primer piso.

Tengo la imagen de mi madre despertándome y dándome el biberón. Y cuando estaba en su regazo, le preguntaba: "Mamá, ¿te vas a morir?". Y ella lloraba. No tenía ni idea de lo que estaba preguntando. No sabía lo que significaba la muerte. Pero oía a la gente hablar de ello y yo se lo comentaba como si le preguntara si estaba pensando en ir al supermercado. Recuerdo que me preparaba puré de patatas con trocitos de filete.

Recuerdo el día en que, para llamar a mi hermana que había ido al jardín del edificio a buscar unos trapos que se habían caído, puse un pie en el respaldo de una silla y el otro en la barandilla del balcón. Agarré la cuerda del tendedero para equilibrarme, la cuerda se rompió y caí al jardín. Podría haber muerto y mi pobre madre casi se muere del susto.

Tengo el recuerdo del día en que salió en ambulancia hacia el Hospital Palhavã de Lisboa, la

Tengo la imagen  
de mi madre  
despertándome y  
dándome el biberón.  
Y cuando estaba  
en su regazo,  
le preguntaba:  
"Mamá, ¿te vas a morir?".



capital del país. Mi hermana y yo estábamos de pie en la parte trasera de la ambulancia, donde ella estaba tumbada mirándonos y llorando. Sabía que sería la última vez que nos vería.

Estos son los recuerdos que tengo de mi madre.

El veintitrés de diciembre de 1977 falleció, víctima de un cáncer que la devoró totalmente en los dos últimos años de su vida, pero dicen que se fue con una sonrisa en la cara.

Mi padre me envió a la casa de su madre en Salir, y viví con mi abuela Rosalina unos meses mientras mi padre se iba a Venezuela a vender lo que tenía allí para que los bienes no se incluyeran en el reparto que se iba a hacer después de la muerte de mi madre.

Mi hermana se quedó con la hermana de mi padre, que años más tarde murió del mismo cáncer que mi madre. Mi tía Maria, que se llamaba igual que mi madre, solía decir que mi madre era su mejor amiga. Y lo mismo decían otras señoras a las que yo llamaba cariñosamente tías. Mi madre era la mejor amiga de mucha gente. Era alegre, divertida y muy cariñosa.

Mientras viví con mi abuela fui muy feliz. No tenía ni idea de que había perdido la posesión más preciada que se tiene en la vida. Era una niña muy divertida, siempre hablando, riendo y cantando. Mi abuela vivía en el campo, tenía gallinas, cocinaba con una cocina de carbón y no tenía televisión. Por la noche nos reuníamos con los vecinos y yo cantaba canciones para

animarlos. Recuerdo que siempre oía esta expresión: "Pobrecita, acaba de perder a su madre y no tiene ni idea de que significa". Pero yo no me sentía pobre. No me sentía diferente a los demás. Me sentía llena de energía, llena de vida y con esa sensación de que nada ni nadie me iba a impedir estar de buen humor y feliz.

“  
Pobrecita,  
acaba de perder  
a su madre  
y no tiene ni idea  
de que significa”.



Me encantaba cuidar de las gallinas de mi abuela. Las sacaba a pasear como si fueran perros. Les hablaba, les daba maíz, limpiaba el gallinero. Me parecía muy, muy divertido cuidarlas.

Mi abuela hacía comida sencilla. Las gachas de maíz con azúcar eran una de mis favoritas. Era una fiesta cada vez que comíamos gachas de maíz. La vida de mi abuela era tan sencilla que íbamos a lavar la ropa al estanque municipal junto al río. Un día, mi abuela estaba lavando la ropa y yo estaba jugando y chapoteando en el agua, cuando me sorprendió un hombre que no conocía y que se acercó a mí. Mi abuela me preguntó si sabía quién era y yo pensé que era el marido de la tía que cuidaba a mi hermana. Esa era la única referencia masculina que tenía en mi mente. Pero no. Aquel hombre, al que no reconocí, era mi padre. La verdad es que, a esa edad, unos meses sin ver a mi padre eran suficientes para no saber ya quién era. Yo tenía cuatro años. Mi padre tenía cincuenta y un años.

Mi padre tenía una casa en Faro donde nos instalamos los cuatro: mi hermana, mi hermano mediano, mi padre y yo. Mi hermano mayor se fue a vivir a Brasil cuando falleció mi madre y vive allí a día de hoy.

Tengo algunos recuerdos de aquella época viviendo allí con mi padre. Recuerdo que me enseñó a fregar los platos. Y recuerdo que me partía de risa cuando utilizaba su barriga como trampolín mientras él estaba tumbado en el sofá del salón. Recuerdo que en aquella casa había escorpiones. Y recuerdo que en los alrededores de la casa vivían muchos gitanos que me daban miedo. Recuerdo que hablaba mucho con una vecina que vivía en el edificio de enfrente. Me sentaba en una roca y hablaba durante horas con ella. Más tarde supe que esa señora era la madre de uno de mis grandes amigos de la adolescencia.

Estas son las imágenes que conservo.

En aquella época, mi hermana y yo íbamos a una escuela extraescolar cerca de casa. Y yo acompañaba a menudo a mi hermana al colegio, ya que ella entró un año antes que yo.



## La vida con mi madrastra

Un día nos visitó una señora de la religión de los Testigos de Jehová. Mi madre ya pertenecía a esa religión, pero mi padre no. Esta señora vino a ofrecer ayuda a mi padre. Era viuda y sabía que mi padre también había enviudado recientemente. Vivía con su hija en una casa grande, donde alquilaba una habitación a una azafata de la compañía aérea portuguesa TAP, y se ocupaba de los niños. Su hija, adolescente, trabajaba en un supermercado.

Con el tiempo, esa señora conquistó a mi padre y, al poco tiempo, se casaron y nos mudamos a su casa. Para mí era divertido vivir en su casa. Antes de casarse con mi padre parecía una buena persona, jugaba conmigo e incluso era cariñosa. Mis hermanos mayores, sin embargo, no apoyaban tanto la idea del matrimonio. Y la verdad es que cuando se casaron ella dejó de ser cariñosa. Empezó a enseñarnos a mí y a mi hermana a hacer de todo en casa y empezó a obligarnos a hacerlo todos los días. Limpiábamos toda la casa, la puerta de la calle, cocinábamos, lavábamos la ropa. Éramos auténticas cenicientas.

Yo era feliz haciéndolo todo porque no conocía otra realidad y siempre me ha gustado sentirme útil. Mi hermana se rebelaba porque sabía que no era normal que unas niñas de seis años cocinaran para la familia, lavaran la ropa y se pasaran el día trabajando.

Mientras tanto, empezamos a participar activamente en todas las actividades que tenían dentro del grupo religioso de mi madrastra. Íbamos de puerta en puerta difundiendo lo que habíamos aprendido, íbamos a todas las reuniones y sólo nos llevábamos bien con la gente de allí. Una de las reglas de la religión es precisamente que no te puedes llevar bien con gente que no sea de tu misma religión. Eso nos mantenía totalmente aislados de los demás. En la escuela no teníamos amigos. En religión sí, pero no nos llevábamos bien con ellos porque mi padre nunca nos dejaba ir a casa de amigos ni invitarlos a nuestra casa. Es decir, mi hermana y yo vivíamos la una para la otra, para estudiar y para limpiar la casa.

Los fines de semana y las vacaciones, una de nosotras se quedaba en casa para limpiar y cocinar y la otra ayudaba a mi padre en la tienda de ropa de Olhão. Nunca supimos lo que era jugar un día entero.

Mientras tanto, mi padre compró otra tienda de ropa en Faro. Era más pequeña y tenía menos ventas, pero Faro era la capital de la región y empezaba a tener cierto peso comercial. Mi

*Es decir mi hermana y yo vivíamos  
la una para la otra  
para estudiar y para limpiar la casa*



hermano mediano, que había estado ayudando a mi padre en las tiendas y era el cerebro del negocio, le pidió a mi padre que le diera una de las tiendas y se quedara con la otra. Se dice que mi padre le había prometido que algún día el negocio sería suyo, porque como mi madre estaba enferma, mi hermano se hizo cargo del negocio y trabajó duro a sus dieciséis años. Mi hermano, ya mayor de edad, quería recuperar lo que le pertenecía. Sabía que mi madrastra estaba dispuesta a quitarle lo que pudiera a sus hijastros. Mi padre ya había regalado a mi hermano un bonito piso y un coche, que prometió darnos también a mi hermana y a mí cuando creciéramos. Mi padre y mi hermano iniciaron entonces una disputa legal en la que mi hermano ganó y se quedó con la tienda de Faro y con la mitad de toda la existencia de las dos tiendas. Lo creas o no, padre e hijo se pelearon por cuatro pares de calcetines. Mi hermano se convirtió en el enemigo número uno de mi padre, que nos prohibía verle.

Con el tiempo, las cosas se calmaron y empezamos a poder visitar a mi hermano. Los fines de semana que nos invitaba a su casa, mi hermana y yo éramos las personas más felices del mundo. No os podéis imaginar cuánto nos gustaba estar con él. Tenía la edad suficiente para ser casi nuestro padre, pero era bastante joven, fue de él de quien aprendimos cosas mundanas y modernas. En casa teníamos un padre lo bastante mayor como para ser nuestro abuelo y con una religión anticuada. No escuchábamos música, no veíamos películas porque estaban prohibidas por la religión y sólo podíamos ver la televisión una hora al día. Nunca salíamos más allá de las reuniones religiosas. Mi hermano nos llevaba a sitios bonitos, a restaurantes elegantes, nos dejaba llevar un buen perfume, tocaba la guitarra y el órgano para nosotras, nos hacía escuchar a los Bee Gees y a Michael Jackson y nos enseñaba a bailar. Era muy divertido. Y su casa era maravillosa, moderna, siempre olía bien. Todo era maravilloso. Cuando nos llevaba de vuelta a casa sólo rezábamos para volver a verle pronto. Con él fuimos a España dos veces con dos novias diferentes. La forma en que las novias nos trataban fue decisiva para mi hermano. De hecho, parecía un padre buscando una madre para sus hijas. Pero sólo era nuestro hermano. Hoy confieso que admiro su paciencia y su dedicación a nosotras. Podía no preocuparse. Teníamos un padre y una madrastra. No estábamos solas en el mundo. Aun así, para él éramos importantes y formábamos parte activa de su vida.

Los años pasaron, mientras tanto: disputas entre mi padre y mi hermano. Trabajando en casa y en la tienda de mi padre. Estudiando y siendo las mejores alumnas. La religión. Y poco más.

Cuando fuimos al instituto y empezamos a estudiar Filosofía y Psicología, empezamos a cuestionar la religión en la que habíamos crecido. Su visión unidireccional del mundo y de la vida empezó a parecernos limitante. Al mismo tiempo, mi padre empezaba a demostrar que éramos una carga en su vida y en la de mi madrastra. Por aquel entonces, era habitual que discutiéramos por cosas injustas. Mi madrastra a veces decía que nos había pedido que hiciéramos algo en casa y que no le habíamos hecho caso. Mi padre la creía y discutía con nosotras. También en

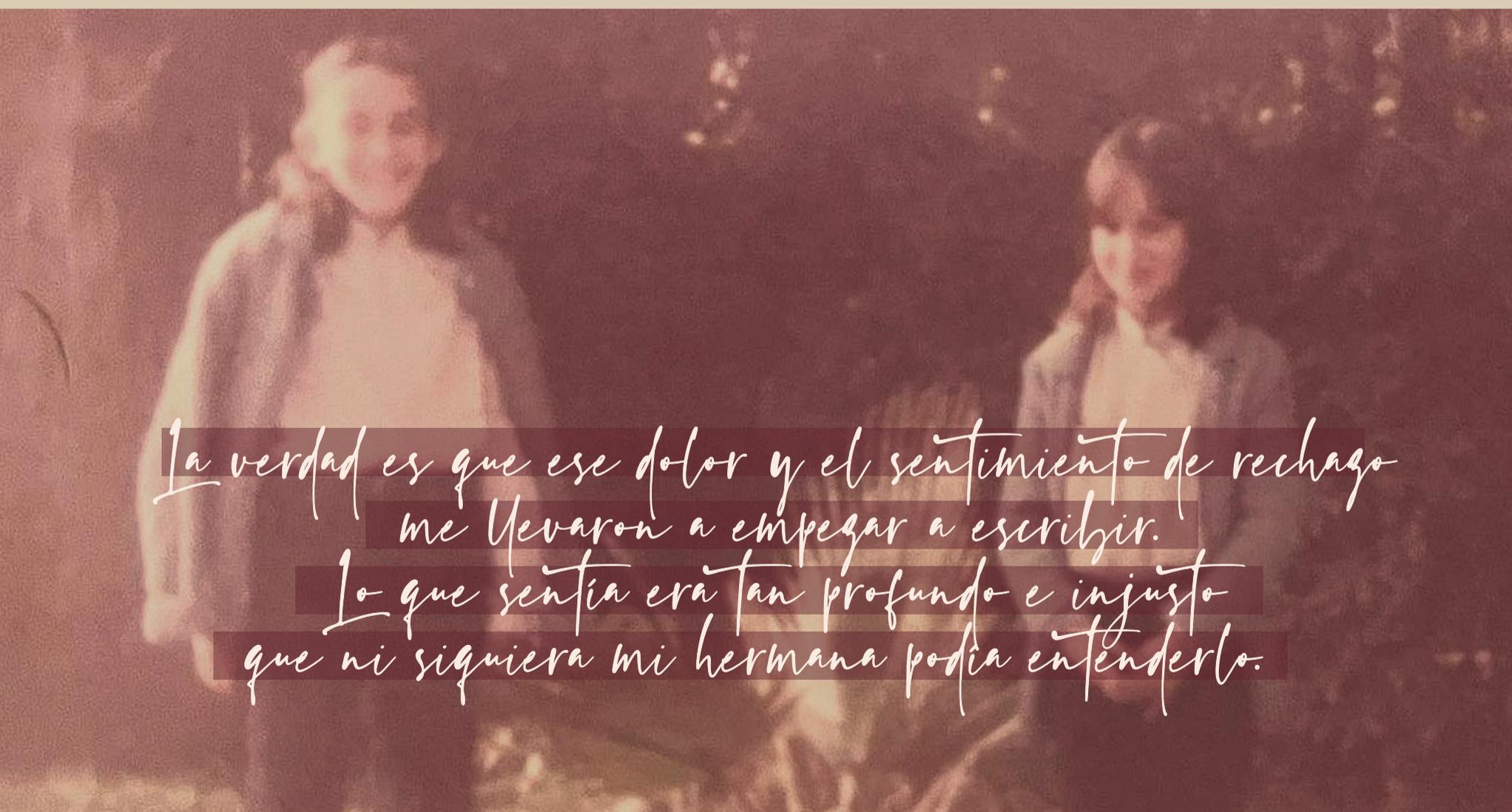
aquella época mi padre empezó a maltratarme con palabras, diciendo que no me habían querido, que mi hermana había sido su último intento de tener una niña y que no querían tener más hijos. Más tarde supe que le pidió a mi madre que abortara, pero ella no aceptó. También me culpó de ser la causa del cáncer de mi madre, ya que me había estado amamantando hasta el momento en que se enteró de que estaba enferma. En ese momento, yo tenía doce o trece años, era sólo una adolescente, lloraba mucho y me sentía profundamente triste. Mi hermana me consolaba mostrándome lo vacía que estaría su vida y la de los demás si yo no existiera. La verdad es que ese dolor y el sentimiento de rechazo me llevaron a empezar a escribir. Lo que sentía era tan profundo e injusto que ni siquiera mi hermana podía entenderlo. Y sólo el papel tenía el espacio para recibir y entender todo lo que estaba viviendo. Así fue como empecé a escribir un diario a los catorce años, un hábito que he mantenido hasta hoy. Si estás leyendo estas memorias mías escritas, se lo puedes agradecer a mi padre.

Hoy entiendo muy bien por qué mi padre me dijo todo eso. No tenía intención de hacerme daño. Estaba expresando sus inseguridades y sus propias dudas sobre la muerte de mi madre. Y mis similitudes físicas y temperamentales con mi madre también contribuían a ello. Antes de ser padre, era un ser humano. Y no era perfecto, como no lo somos ninguno de nosotros. Hoy incluso le estoy profundamente agradecida. Todo lo que soy hoy se debe en gran parte a cada episodio que vivimos juntos. Mi padre falleció el treinta de octubre de 2019 a la edad de noventa y tres años diciendo que mi madrastra había sido su gran amor. Así que también le estoy agradecida a ella por haber cuidado de mi padre hasta el final. Y no me cabe duda de que también él me cuida y me protege ahora.

Mi hermana fue la primera en abandonar la religión y poco después yo también dejé de asistir a las reuniones. Con esta decisión nuestra situación en la casa se vino abajo. Mi padre dejó de mantenernos. Ropa, comida y libros.

Empecé a trabajar a los catorce años para comprarme unos zapatos porque mi padre se negaba a dárnoslos. Era ilegal trabajar a los catorce años y el único lugar que me aceptaba era una peluquería, donde lavaba cabezas y me ocupaba de las toallas.

Durante aquellas vacaciones de Navidad, experimente los dos sabores de trabajar: por un lado,



*La verdad es que ese dolor y el sentimiento de rechazo me llevaron a empezar a escribir. Lo que sentía era tan profundo e injusto que ni siquiera mi hermana podía entenderlo.*

la disciplina de tener que llegar a tiempo y no fallar. Mientras mis compañeros de colegio dormían hasta el mediodía y pasaban el día divirtiéndose en las terrazas de la ciudad, yo trabajaba de sol a sol seis días a la semana. Pero por otro lado sentía el sabor de la libertad. De tener mi propio dinero y no tener que estar encerrada en casa de mi padre.

Mi padre nunca nos dejaba salir y controlaba todos nuestros pasos. Pero para trabajar nos dejaba salir cuando queríamos y no nos pedía ninguna explicación. Trabajar se convirtió en una vía de escape para mí. Empecé a trabajar todas las vacaciones.

Hacía de todo. Ayudé a una buena amiga en su peluquería. Trabajé de secretaria para un fotógrafo. Trabajé en tiendas de ropa. Y en un parque acuático.

En este último trabajé el verano en que cumplí dieciséis años. Empecé como socorrista y me fui como jefa de publicidad. Fue un verano inolvidable y transformador. Ganaba bien, tenía mucha libertad, ya que mi padre no sabía cuándo tenía tiempo libre ni a qué hora entraba o salía, y no me controlaba. Y me sentía muy querida por todos mis compañeros de trabajo que me consideraban su niña querida.

El ambiente en casa era cada vez peor. No había diálogo. No había comida. No había interés. Todos parecíamos extraños. Mi hermana y yo nos manteníamos solas. Comprábamos libros de estudio, ropa y comida.

Un día, tras una gran discusión en la puerta de casa, a la que asistieron los vecinos y los padres de una de mis compañeras, mi hermana y yo le dijimos a mi padre que nos íbamos a ir de casa el día en que mi hermana cumpliera dieciocho años, la mayoría de edad en Portugal. Y mi padre estuvo de acuerdo.



Mientras mis compañeros de colegio dormían hasta el mediodía y pasaban el día divirtiéndose en las terrazas de la ciudad, yo trabajaba de sol a sol seis días a la semana. Pero por otro lado sentía el sabor de la libertad. De tener mi propio dinero y no tener que estar encerrada en casa de mi padre.

En realidad, fue un alivio para todos. Él y mi madrastra no querían tenernos en casa desde el momento en que dejáramos de ser parte de la religión que ellos practicaban. La norma les obliga a abandonar a sus hijos si no siguen el mismo credo. Más tarde me di cuenta del inconveniente que era para ellos que nos quedáramos en casa, ya que estaban faltando el respeto a su fé. Podemos estar de acuerdo o no, pero era lo que ellos creían correcto y no hay por qué juzgarlos.

Mi hermana y yo sólo nos beneficiábamos de un techo, pues ya pagábamos todo lo demás. Y de todos modos ya dormíamos en la peor habitación de la casa, la del hueco de la escalera, donde teníamos una litera y poco más. Podíamos cambiarnos fácilmente a algo mejor.

No conseguimos salir el día del cumpleaños de mi hermana, pero sí ocho días después.

El veintinueve de diciembre de 1989 terminábamos una década de calendario y una vida dura, sin amor, sin cariño y sobre todo sin libertad.

## Cuando salimos de casa

El treinta de diciembre, cuando me desperté en la nueva casa, que compartíamos con otras chicas, sentí mi pecho lleno de esperanza y una alegría que nunca olvidaré. Fui a la cama de al lado y desperté a mi hermana: "Hermanita, somos libres. A partir de hoy hacemos lo que queramos con nuestras vidas. Sólo tenemos que trabajar, estudiar, ser responsables, disciplinadas, pero ya no tenemos a nadie que nos masacre".

Mi hermana estaba triste. Ella tenía otra visión de lo que estaba pasando. Aparte de que en realidad éramos muy diferentes, ella se había hecho responsable de mi hasta mi mayoría de edad, que no llegaría hasta un año y medio después. Quizá por eso la salida de casa fue más gris para ella que para mí.

Para mí fue uno de los mejores momentos de mi vida. Recuerdo perfectamente la sensación de ligereza. La alegría. La fe. La profunda certeza de que todo iba a salir bien porque sólo dependía de mí.

Fue la primera vez que sentí de verdad el sabor de la libertad y me prometí a mí misma que nunca la pondría en duda. Nunca más sería infeliz, estaría triste o iba a perder mi libertad.

En febrero empecé a trabajar en el aeropuerto de Faro, en el Four Seasons, uno de los mejores empleos que se podían tener entonces en la ciudad donde vivíamos, Faro. Era un trabajo a tiempo parcial, muy bien pagado, fácil, que nos permitía estudiar, y vivir bien. Pronto nos mudamos a un piso para las dos, solas.

Yo estaba ocupada y muy contenta. Trabajaba en el aeropuerto en un empleo en el que me divertía y tenía buena relación con mis compañeras. Estudiaba y era la primera de mi clase y una de las mejores del colegio. Los profesores me querían y me admiraban. Iba al gimnasio. Y todos los días salía con mis amigos, la mayoría hombres, que eran mi nueva familia. En verano, cuando no tenía clases en la escuela, tenía dos trabajos. No sabía cómo tener tiempo libre. Estar ocupada y ganar dinero me hacía sentir útil y me llenaba el alma. Me gustaba mucho trabajar. Desde el primer empleo siempre trabajé más horas de las que me pedían y siempre consideré el negocio como si fuera mío. Tener un padre jefe me hizo comprender lo difícil que es ser propietario, así que respetaba mucho a mis jefes y gerentes. Y siempre fui muy apreciada por eso. Todos querían que volviera.

En el verano de 1990 conocí a Pedro, mi primer amor. Al principio él estaba enamorado de una buena amiga mía. Pero ella no tenía ningún interés en él. Lo veía como a un hermano.

El día que lo conocí me gustó enseguida. Era justo mi tipo de hombre en ese momento. Moreno, pelo oscuro y liso, y algunos rasgos diferentes como asiático. Esa noche salimos a una discoteca de la isla de Faro llamada Barracuda. Y pasamos toda la noche charlando.

Unos días después, Pedro me recogió en mi casa, paseamos por la ciudad y, sentados en un banco del jardín central de Faro, cerca del quiosco de música y del muelle de los barcos, me pidió que fuese su novia. Pedro era de Lisboa, o más bien de Sintra, donde vivía con su madre y su padrastro. Su padre estaba ausente.

Así empezamos una relación adolescente (yo tenía diecisiete años y él dieciocho) de gran pasión, gran complicidad, en la que me sentí muy querida, deseada y admirada. Pedro me quería mucho y yo a él. Entre sus viajes a Faro y los míos a Lisboa, cartas que nos enviábamos por correo y otras que nos dejábamos al despedirnos, vivimos esta relación que duró más de seis meses. Puede parecer poco tiempo, pero para un adolescente, medio año era toda una vida.

Ya estaba en último año de curso, a punto de ir a la universidad, y

Fue la primera vez que  
sentí de verdad el sabor  
de la libertad y me prometí  
a mí misma que nunca más  
sería infeliz, estaría triste  
o iba a perder mi libertad.

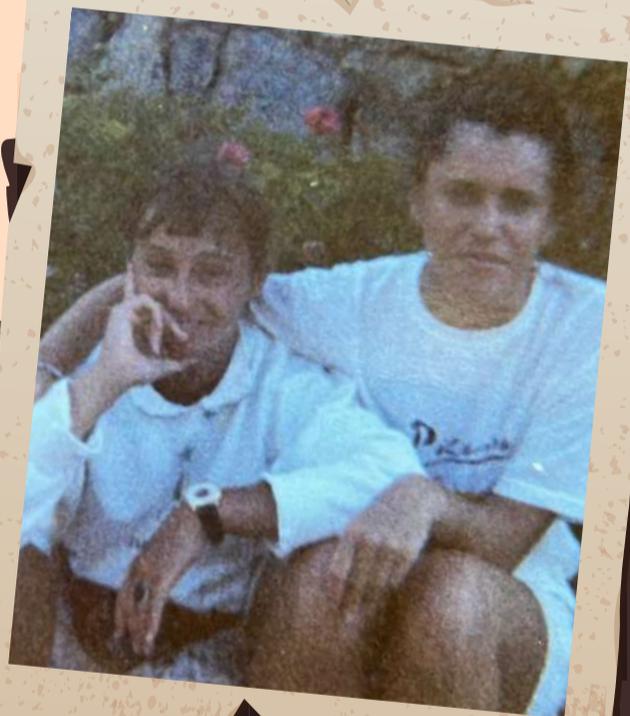
quería seguir estudiando. Tenía claro que sólo estudiando podría convertirme en la profesional de éxito que soñaba.

Me gustaba tanto trabajar y era buena estudiante, aunque trabajaba, no tenía dudas de que ese era el camino correcto: ir a la universidad y obtener un título. Sin embargo, había pensado en no estudiar durante un año para ahorrar dinero y sólo entonces ir a la universidad.

Había una prueba general de acceso (PGA) que teníamos que hacer para solicitar el ingreso en la universidad y decidí hacerla para familiarizarme con ella y al año siguiente saber lo que me esperaba. El día que hice el examen acabé con Pedro. Mi corazón ya estaba por delante, en el futuro, en Porto, que era la ciudad en la que siempre supe que quería estudiar. Pedro ya no entraba en mis planes. Y no me atraía.

Cuando salieron los resultados me quedé paralizada. Había sacado un noventa y tres por ciento, la segunda mejor nota de la ciudad de Faro. No podía perder esa nota. Cuando vi la nota supe que tenía que ir a Porto enseguida. Mi hermana, como siempre, me dio su apoyo incondicional. Aunque eso significara que perdería no solo mi presencia sino también mi ayuda económica para mantener la casa, no pestañeó y dijo que me apoyaría en lo que necesitara.

Me arremangué y empecé a trabajar aún más duro. En el aeropuerto les pedí que me dieran dos turnos al día y lo hicieron. Y a veces mis compañeras me daban el tercer turno cuando necesitaban ausentarse. Aquel verano, aparte de estudiar para las



pruebas de acceso a la universidad a las que me había presentado, trabajaba entre doce y dieciocho horas al día. Pero era feliz. Estaba cumpliendo un sueño. E incluso sin ningún apoyo de mi padre ni de mi hermano, iba a estudiar y a trabajar y algún día me iba a graduar con mi propio esfuerzo. Mi hermano, del que te hablé antes, también por la religión, prácticamente dejó de hablarnos.

En octubre empezaron las clases en Porto y trabajé hasta el día antes de trasladarme a otra ciudad. En Porto ya tenía un trabajo esperándome como secretaria en una Academia de Ballet. La dueña era la madre de la novia de uno de mis mejores amigos de Faro y cuando me conoció me aceptó inmediatamente como secretaria.

## La vida en Porto

Empezó la universidad y con ella una vida muy plena. Me levantaba a las seis de la mañana. Salía de casa a las seis y treinta de la mañana. Cruzaba toda la ciudad cogiendo tres autobuses. Las clases empezaban a las ocho de la mañana. A las dos de la tarde salía de clase y a las tres pm entraba en la Academia de Ballet. Trabajaba hasta las nueve de la noche. Me iba andando a casa y cuando llegaba cenaba y me ponía a estudiar. A veces estaba hasta las tres de la mañana estudiando y a las seis ya estaba otra vez en pie. Los sábados por la mañana también trabajaba y luego solía ir con alguna de mis compañeras a su casa. Sabían que no iba a casa los fines de semana porque estaba bastante lejos. En aquella época, el autobús tardaba unas doce horas de Porto al Algarve. Hoy se tarda cinco horas. Yo era la que venía de más lejos de toda mi clase. La mayoría eran del norte de Portugal: Famalicão, Póvoa de Varzim, Viana do Castelo, Aveiro y Porto.

También era la única que trabajaba y estudiaba y la única sin apoyo familiar. A pesar de ello, era la más participativa en clase, y mis cuadernos eran ejemplares, siempre organizados y ordenados. Rápidamente tenía varias amistades en clase y muchas admiradoras.

Pero, en enero me diagnosticaron agotamiento cerebral. El médico me recetó quince inyecciones de hierro para recuperar lo que estaba dañado en el cerebro y en dos semanas me sentí mucho mejor. Me dijo que este agotamiento se generó el día en que murió mi madre, porque no era normal superar una pérdida así a una edad tan temprana tan bien como aparentemente lo hice yo.

Pero también me dijo que tenía prohibido ir a clase por la mañana porque tenía que descansar, dormir más horas, recuperarme de todo el esfuerzo que había hecho desde que empecé a trabajar y a estudiar a los catorce años. No tenía consuelo. Dejar de ir a clase, como solía hacer religiosamente todos los días, pensé que pondría en peligro el cumplimiento del sueño que me había llevado hasta allí.

Hablando con mi hermana me dio esperanzas y me dijo: "Ve despacio hermanita. Es mejor que lo hagas más despacio, que abandonar. Si te rindes nunca te lo perdonarás".

Y tenía razón. Estaba tan triste que ni siquiera me había dado cuenta de que no necesitaba ser la mejor estudiante ni hacer el curso en cinco años. Si lo hacía en siete o diez era mejor que no hacerlo. Eso me relajó un poco y dejé de ser tan perfeccionista. La verdad es que acabé el año con buenas notas y con sólo una asignatura atrasada.

Mientras tanto, me apunté a clases de natación a petición de mi médico, ya que decía que estar

en el agua me ayudaría mucho. Y la natación se convirtió en mi mayor pasión deportiva.

Ese verano, durante las vacaciones universitarias, me fui al Algarve, ya que la Academia de Ballet también cerraba en verano. Monté mucho en bicicleta para recuperar la forma, había ganado algunos kilos debido a la medicación y al aumento del apetito.

También en aquella época, en una visita a mi padre y a mi madrastra, me sentí acogida, comprendí el porqué de algunas cosas y decidí que los visitaría siempre que fuera al Algarve. Necesitaba estar bien con mi padre, saber cómo estaba.

Cuando volví a Porto me sentía totalmente recuperada del agotamiento y en forma.

Sin embargo, me sentía cansada de trabajar en la Academia porque ya no tenía nada que aprender y estaba estancada. Necesitaba nuevos retos. Estaba aprendiendo tanto en la universidad que sentía que podía hacer más. Probé varios tipos de trabajos, incluido el de vendedora de time-sharing, un trabajo que me presentó a mi segundo novio.

Manuel Jorge era cinco años mayor que yo. Era alto, muy guapo y seguro de sí mismo. Y se enamoró perdidamente de mí. Me conquistó y en cierto momento empezamos a salir.

Fue de gran ayuda en esa fase posterior al agotamiento. Tenía coche y me llevaba a menudo para que no perdiera tanto tiempo en transporte. Me recogía en la universidad, me llevaba al trabajo, y a menudo me recogía en el trabajo y me llevaba a casa sólo para estar conmigo un rato. Una vez más me sentí muy querida por este hombre. Me pidió que me casara con él más de una vez y estaba realmente muy enamorado de mí. Yo también lo estuve, durante un tiempo, pero al cabo de dos años ya sentía la necesidad de estar sola, que es, de hecho, la forma en la que me siento más completa y feliz.



Mientras tanto, en la universidad una compañera me preguntó por mi Currículum. Me dijo que había entrado en el departamento de telemarketing de Nova Rede, el banco más joven y moderno del país, y que le gustaría llevarse mi Currículum para que pudiera ir a una entrevista. Unos días después me llamaron para una entrevista y me quedé. No formaba parte de la plantilla del banco, era una proveedora de servicios. Pero era perfecto para mí. Trabajaba cuatro horas al día y ganaba el doble que en la academia de ballet.

Aquel trabajo era más que un sueño para mí. Trabajar en una empresa como el Banco Comercial



Portugués (así se llamaba el principal banco), yo, que ni siquiera era de Porto, que estaba en la otra punta del país, nadie me conocía, no tenía parientes famosos ni un gran apellido. Que tenía que trabajar para comer. Parecía imposible que sucediera. Pero entré y en nueve meses fui jefa de equipo y luego jefa de coordinación.

Hice un excelente trabajo en los dos años que estuve allí, siempre estudiando y trabajando al mismo tiempo. Y después de dos años, para sorpresa de todos, me invitaron a formar parte de la plantilla del banco. En esos dos años, todo el mundo me decía que por mucho que trabajara y por mucha dedicación que tuviera, nunca entraría. El banco era conocido por ser un banco de referencias, donde sólo entraban los amigos de los responsables, y los hombres. Era un banco mayoritariamente masculino. Las pocas mujeres que había estaban en los servicios centrales, nunca de cara al público.

Pero siempre creí que podía lograrlo. Di lo mejor de mí cada día. Y un día, sin yo saberlo, un director muy importante escuchó una llamada mía y él mismo se encargó de incorporarme a la plantilla.

Fui una de las primeras mujeres en trabajar en las sucursales del banco. Tenía veintidós años y entré como Gestora de Procesos de Préstamos para Viviendas. Era muy joven y mujer. Muchos clientes se negaban a hablar conmigo porque no creían que yo fuera del banco. Una vez más tuve que esforzarme más que nadie, ya que, además de no tener a nadie conocido dentro del banco que me apoyara, tenía el reto de ser mujer y muy joven.

Siempre seguí estudiando sin pedir nunca un día ni siquiera una hora para ello. En aquella época los estudiantes tenían una serie de derechos laborales. Podían faltar el día del examen, el día anterior, entre otros. Pero yo nunca los utilicé. No me parecía justo para mis compañeros que yo siempre tuviera que cogerme días libres por estar estudiando. Entendía que era yo quien tenía que organizarse. Y por eso también me criticaban por dedicarme tanto al banco y trabajar mucho más de lo que me pedían.

La verdad es que el día que defendí mi trabajo de fin de curso, me invitaron a ser Jefa de Agencial. Y yo fui entonces la Jefa de Agencia más joven.

Después de dos años entre dos agencias como jefa, me invitaron a volver a Faro para dirigir una agencia y el negocio inmobiliario en el Algarve y Baixo Alentejo. Y acepté el reto. En quince días dejé la ciudad que me formó y me dio algunas de las mejores amistades que aún conservo, Porto, donde viví casi diez años.

# Volver al Algarve

Volver a mis orígenes me sentó bien porque allí tenía muchos amigos y mis orígenes. Pero el trabajo en el banco resultó bastante duro. Me esperaba un equipo de personas mayores que yo, con muchos más años en el banco que yo, y que llevaban más de diez años haciendo lo mismo. Llegué llena de ideas y me enfrenté a cierta resistencia inicial.

Rápidamente, la agencia empezó a ganar cinco veces más dinero que antes de mi llegada y todo el mundo empezó a entusiasmarse mucho más con el trabajo.

La verdad es que al cabo de un año de estar allí quería marcharme. Estaba en el top de mi creatividad, quería nuevos retos y a pesar de estar en una agencia nueva, y en una realidad muy diferente, estaba haciendo lo mismo que hacía en Porto.

Un día vi que se había creado un Departamento de Comunicación dentro del banco y me propuse trabajar allí. Pero mi director se negó. Me dijo que tenía que quedarme al menos tres años en el Algarve porque estaba haciendo un trabajo excelente y no podía cambiar.

A pesar de la insatisfacción en el trabajo, la vida me iba bien, debo confesar. En aquella época ya le había comprado la casa a mi hermana (que se iba a casar), había vendido la casa de Porto y con el beneficio me compré un buen coche, ganaba bien y pasaba los fines de semana fuera con mis amigas.

En uno de esos fines de semana, en la isla de Tavira, conocí a mi tercer novio. Fui alcanzada por la flecha de Cupido. André vino a mí en un momento en el que yo les decía a mis amigas que lo último que quería era enamorarme. El día que lo conocí en el paseo de la playa de la Isla de Tavira, supe que iba a ser mío. Aquella noche nos presentamos. Al día siguiente nos dimos nuestro primer beso. Tres días después nos acostamos y tres meses después vivíamos juntos.

Fue la relación más sana que he conocido. Éramos muy felices. Nos sentíamos muy queridos el uno por el otro, muy deseados, muy completos. No teníamos problemas. Los pocos que tuvimos se debieron casi siempre a otros, como la familia y los amigos. Pero entre nosotros dos sólo había amor, confianza, seguridad, alegría, compañía, diálogo y complicidad. Todo era maravilloso.



Hacer el amor, dormir, hablar, pasear, viajar, cocinar, comer, todo, absolutamente todo.

Llevábamos juntos unos tres años cuando en una cena de Navidad del banco, el director de comunicación me invitó a irme a trabajar con él a Lisboa. Cuando se lo conté a André, aunque significaba perder mi presencia física, me apoyó incondicionalmente. Sabía que era mi mayor sueño, nunca lo había negado, y para él eso era suficiente, verme cumpliendo un sueño.

Pasé casi un año trasladándome al Departamento de Comunicación. Ese verano fui a Estados Unidos a hacer un curso de Comunicación en la Universidad de Boston y en septiembre me trasladé a Lisboa.

## La vida en Lisboa

Allí también sentí cierta resistencia cuando llegué. Me encontraba en un puesto muy deseado. El Departamento de Comunicación del banco es el área más divertida y en la que todo el mundo quiere trabajar. Y de repente llega una chica desconocida, sin amigos ni apellidos, y no sólo empieza a trabajar y a hacerse un nombre, sino que rápidamente se convierte en la chica favorita del director. Lealtad, compromiso, responsabilidad, humildad, esos son los valores que siempre me han perseguido y sin los cuales no sé trabajar ni siquiera vivir. Ya sea lavando cabezas en una peluquería, dirigiendo un equipo, montando una campaña o dando un masaje. A cualquier jefe le gusta trabajar con profesionales así.

Después de dos años trabajando en Lisboa y viajando todos los fines de semana al Algarve,

Lealtad, compromiso,  
responsabilidad, humildad,  
esos son los valores que  
siempre me han perseguido  
y sin los cuales no sé  
trabajar ni siquiera vivir.



André y yo decidimos separarnos. Además de darnos cuenta de que éramos felices en diferentes partes del país, André empezaba a hablar de tener hijos y la maternidad nunca estuvo en mis planes. Nos separamos queriéndonos mucho, pero conscientes de que ése era el mejor camino para los dos.

La sensación de alivio fue, una vez más, enorme. Inexplicable lo mucho que disfruto estando sola. No recuerdo haberme sentido sola muy a menudo en mi vida. Puede que echara de menos

a alguien, especialmente a mi hermana, pero sentirme realmente sola y necesitar tener a alguien nunca lo he sentido. Siempre me he sentido completa, estando sola y eso puede ser porque siempre he tenido a mi madre conmigo. Quizás por eso incluso las tres relaciones principales de mi vida han sido tan sanas y bonitas. Porque nunca he necesitado a nadie para ser feliz. Siempre he sido muy feliz por mí misma. Cualquier amor me sumaba y me ayudaba a ser aún más feliz. Pero nunca hice depender mi felicidad y mi alegría de nadie.

Después de romper con André me compré una casa en Lisboa y me monté una vida de ensueño. El piso estaba acabado a mi gusto y era muy bonito. Todo blanco, suelos de madera, muebles blancos, situado a dos calles de la avenida más noble de Lisboa, la Avenida da Liberdade. El banco estaba a veinte minutos a pie, y en medio estaba el gimnasio donde iba a nadar todos los días.

En el trabajo seguía creciendo e incluso recibí una invitación para ir a trabajar a Rumanía, que por suerte no se materializó. Me encargaba de las principales cuentas de publicidad y era la persona de confianza de todos los responsables. Era la única del equipo que tenía experiencia en banca propiamente dicha. Mis compañeros nunca habían trabajado en una agencia bancaria directamente con el cliente. Yo sabía lo que era importante que el cliente supiera para decidir y lo que teníamos que comunicar para captar su atención. Mientras tanto decidí cursar un máster en Dirección de Marketing y me gané aún más la admiración de todos.

Pasé casi diez años en el Departamento de Comunicación del banco, haciendo cosas que realmente me gustaban y teniendo una vida muy feliz. Trabajaba mucho, pero tenía una vida social estupenda. Salía y me divertía mucho con mis amigas. Pasábamos los fines de semana fuera. Y viajaba todas las vacaciones. Al otro lado de la profesional perfeccionista que siempre brillaba estaba la aventurera Liza, que pasaba todas las vacaciones explorando diferentes partes del Mundo.

## Cuando renuncié al banco

En 2012, sin embargo, Portugal y el sur de Europa atravesaban una grave crisis financiera. Mi banco tenía una operación en Grecia que estaba hundiendo las cuentas de la entidad. El banco vendió la operación griega, pero inició un proceso de despidos.

Antes, sin embargo, puso en marcha un proceso de captación de voluntarios para que algunos de los empleados se marcharan a cambio de un atractivo paquete de beneficios.

Yo tenía treinta y nueve años y veinte en el banco. El trabajo en la Dirección de Comunicación era interesante, pero había dejado de ser estimulante.

Al final caí en la tentación de conocer las condiciones que se ofrecían y, después de literalmente tres noches sin dormir, haciendo cuentas y más cuentas, decidí marcharme voluntariamente del banco. Fue una decisión





*El secreto de la riqueza  
no es tener más sino necesitar menos*

en solitario. No pedí opinión a nadie. Era una decisión demasiado importante y difícil para compartirla. Dejaba un trabajo que sería el sueño de la mayoría de la gente. En una empresa prestigiosa, haciendo el trabajo más agradable, trabajando en el centro de Lisboa, una de las ciudades con mejor calidad de vida de Europa.

En el banco adquirí una estabilidad y una seguridad que nunca había tenido, ni soñado con tener. El banco había sido como un padre para mí. Gracias a mi trabajo en el banco pude comprar tres casas, tener buenos coches, realizarme profesionalmente y tener el prestigio de trabajar para una de las empresas más importantes del país.

Pero sentía que aquella oportunidad era claramente el tren de la vida que pasaba delante de mis ojos y que o me subía a él o me quedaba en la estación preguntándome cómo sería si hubiera saltado.

Las pensiones en Portugal ya tenían sesenta y siete años, lo que significaba que me quedarían veinte y siete años más de trabajo por delante, esperando una pensión que nadie sabe si habrá debido al envejecimiento de la población.

Presenté tres condiciones para marcharme: les pedí que me dieran una carta de recomendación donde quedaba claro que era yo quien se había ofrecido voluntario y que no me habían despedido; que me prometieran que yéndome salvaría a una persona de mi equipo y que si algún día quería volver tendría prioridad sobre otros candidatos. Aceptaron y seguí adelante. Sin embargo, mi director se negó a dejarme marchar y tuve que acudir al presidente del banco para poder irme.

El doce de diciembre de 2012 (12/12/12) firmé el contrato de rescisión con el banco.

Me siento muy orgullosa de esta decisión. Hice lo que era mejor para todos. Para el banco que necesitaba voluntarios. Para mi equipo, que no perdió a nadie en los despidos. Y para mí, que ahora tenía la oportunidad de empezar de nuevo.

También me sentí orgullosa de haber tenido el valor de abandonar todo lo que había construido

con esfuerzo. Toda mi carrera en el banco fue el resultado de mucha dedicación diaria durante veinte años. Dejar el banco significaba perder una vida de gran comodidad y seguridad que había construido.

## ¿Qué se siente al quedarse sin trabajo después de veinte y cinco años trabajando y estudiando?

Disponer de tiempo es una de las cosas más valiosas de la vida. El dinero que se ahorra teniendo tiempo es increíble. Rápidamente nos damos cuenta de que la mayor parte de nuestro sueldo paga la falta de tiempo y que si trabajáramos menos, quizá ganaríamos menos, pero no necesitaríamos ganar más. Todo cambia. Nuestra perspectiva cambia y, de repente, parece que despertamos. Vemos cómo la sociedad está montada de tal manera que parece que no hay alternativa. Pero cuando experimentamos algo diferente y vemos cómo también funciona, comprendemos algo que antes nos resultaba invisible.

Ni por un minuto eché de menos trabajar en el banco, la rutina que tenía o la vida que llevaba. Ni siquiera hoy.

Estuve en Portugal casi dos años después de dejar el banco. Colaboré en películas y televisión y promocioné varios productos. Hice varios cursos y alquilé mi casa a extranjeros para ahorrar más dinero. Volví a vivir con una de mis mejores amigas, que ya me había acogido en su casa de Porto y siempre tiene un sofá cama disponible para recibirme. Personas así existen. Son raras, pero existen y tengo la suerte de tener a una de ellas como mi amiga y hermana de corazón.

Para que la indemnización durara más, empecé a recortar todos mis gastos no esenciales: gimnasio, ama de casa, televisión por cable, cremas caras, entre otros. Pero todo eso para mí no era nada comparado con la curiosidad de lo que podría haber del otro lado del miedo. De todo lo que podía llegar a ser mi vida al aceptar un cambio radical. Pero, sobre todo, esta decisión me abrió la posibilidad de cumplir mi mayor sueño: viajar por el mundo sin billete de vuelta.

En octubre de 2014, el día después del cumpleaños de otra amiga, tomé un vuelo a Brasil y dando

Sentí que aquella oportunidad era claramente el tren de la vida que pasaba delante de mis ojos y que o me subía a él o me quedaba en la estación preguntándome cómo sería si hubiera saltado.



comienzo así a la mayor aventura de mi vida. La idea era viajar durante un año. Recorrer quince países de cuatro continentes. A día de hoy, llevo más de nueve años recorriendo el mundo y no me imagino parando.

## ¿Cómo lo he conseguido?

Gestionando los ahorros lo mejor posible. Ahorrando, haciendo voluntariados, trabajando siempre que me es posible, estudiando y aprendiendo habilidades para poder generar dinero en el camino.

Visité quinientos cincuenta lugares en cuarenta y cinco países diferentes de los cinco continentes. Y repetí varios países. Estuve parada en la India durante dos años debido a la pandemia, pero fue la mejor inversión que pude hacer. Aprendí Yoga, Ayurveda y Reiki, ciencias que hoy comparto en mis viajes por el mundo, en libros y ahora también en mi web.

Una de las lecciones más valiosas que he aprendido en esta nueva vida es que me he dado cuenta de que el secreto de la riqueza no es tener más, sino necesitar menos. Vivo con una mochila de siete quilogramos, media docena de mudas de ropa, una esterilla de yoga y un ordenador. Ahora me alojo en habitaciones para mí sola, pero pasé cinco años compartiendo dormitorios. Y ni por un momento pensé en dejar de hacerlo.

La verdad es que ahora tengo mucho más que cuando trabajaba catorce horas al día. Viajando puedo ahorrar dinero, cuando trabajaba no podía. Viajando tengo tiempo. Tiempo para respirar, observar, escuchar, compartir, hacer ejercicio y cuidarme. Y esa es mi mejor jubilación.

"El hombre, gasta su salud para ganar dinero y luego gasta ese dinero para recuperar su salud" dice el Dalai Lama. "Viven como si no fueran a morir y mueren como si nunca hubieran vivido" continúa cuando se le pregunta qué es lo que más le sorprende de la humanidad.



## ¿Adónde quiero ir?

Todos los días me emociono cuando miro en mí y recuerdo que soy yo, aquella niña de cuatro años que cantaba para los ancianos en Salir, que empezó a lavar cabezas a los catorce años, que se fue sola a Porto a los dieciocho años sin ninguna red de apoyo, que abandonó una carrera de éxito en el mayor banco privado portugués, soy yo quien vive esta maravillosa experiencia desde hace más de nueve años.

Y como me siento realmente bendecida, y porque creo que mi historia puede inspirar a otras personas a seguir su corazón, que he decidido compartir con vosotros, en los tres idiomas principales, un poco de lo que he vivido y aprendido en estos nueve años.

He escrito un libro con las Memorias de mis Tres Primeras Vueltas al Mundo.

Una Guía del Viajero con todos los consejos que he aprendido para viajar durante tanto tiempo.

He recopilado las Curiosidades sobre Ayurveda, la medicina india, con todo lo que he aprendido para llevar una vida más sana y equilibrada.

Una Biblia del Yoga que facilita entender esta filosofía de vida e incluso montar una clase de yoga.

He grabado un Curso de Masaje Ayurveda para enseñarte a dar un masaje inolvidable en cualquier cama.

Un Libro de Relaciones de Viaje, donde abro mi corazón y te presento a todas las hermanas que he ganado y las pasiones que he tenido en los últimos nueve años.

Pero el viaje acaba de empezar y tendré mucho más que compartir en el futuro. Empecé este proyecto de compartir hace un año, consciente de que no tendría fin.

Gracias por querer conocerme y por leerme hasta ahora.

Si te interesa algún libro que ahora pongo a tu disposición y no puedes comprarlo, envíame un mensaje. No quiero que dejes de leerlo. Si deseas adquirir alguna de las ofertas disponibles, me ayudarás a seguir aprendiendo del mundo y a acercar al mundo a ti.

A todos mis queridos lectores, quiero daros las gracias de corazón por acompañarme en este viaje. ¡Por más aventuras juntos!

Namaste!

*Ligaroundtheworld*



# Agradecimientos

---

Me gustaría dar las gracias a tres personas muy especiales que me ayudaron a completar este libro.

Eleana González, @unaviajeracompulsiva, mi hermana de corazón, que se encargó del diseño de todos los e-books con su amor incondicional.

A Manuela Benítez, mi primera hermana viajera, que corrigió mi traducción al español con mucho cariño y en un tiempo récord.

Y Anabela Afonso, la primera persona que leyó mis libros los corrigió y propuso cambios preciosos. Una gran inspiración para mí.

Sin ellas, este libro no sería más que un documento en mi ordenador.

Datos de contacto:

Eleana Gonzáles

gozalezeleana@gmail.com

Manuela Benítez

@tantrayrespiración

Anabela Afonso

anabelaafonso@gmail.com

